

saquearon e incendiaron su palacio; la visita de Fernando el Católico, en 1493, con ocasión de la llegada de los restos del glorioso San Marcelo, llevados desde Tánger a su ciudad natal; el pronunciamiento de León a favor de la causa de las Comunidades, en 1521; la visita de Carlos V, y la toma de la ciudad por las tropas napoleónicas, en 1808, tras la derrota española de Ríoseco.

Extensa es la nómina de hijos ilustres que León y su tierra alumbraron en el decurso secular. Ya han sido mencionados varios de ellos, a los cuales cabe agregar, como más sobresalientes y representativos, al célebre Guzmán el Bueno, héroe de la gesta de Tarifa; Suero de Quiñones, que adquirió ecuménica fama en el siglo xv con su famoso *Paso honroso*, mantenido durante un mes en el puente del Orbigo; Lucas, Obispo de Tuy, historiador insigne; los aurífices Arfe; los arquitectos Badajoz, y otras muchas figuras señeras del pensamiento, el saber y la acción, para enumerar las cuales, indicando su tributo elevador para el Espíritu y la Patria, necesitaríase considerable espacio.

La ejemplar adecuación con que ofrécese en León ese ancestral patrimonio acompasado al moderno adelanto discursivo justifica, indudablemente, el dictado de ciudad muy antigua y muy moderna que alguien le ha dado. Puede decirse que al lado de la parte vieja, donde se conserva todo el sabor tradicional, a vista de la cual siéntense emociones históricas y artísticas indescriptibles, se ha formado el nuevo burgo, de admirable trazado y construcción, con detalles urbanísticos insuperables. Por eso ha escrito recientemente ese gran periodista al comienzo aludido —Víctor de la Serna—: “Lo sensacional de León está en su tersa juventud. Es una ciudad frutal, con aroma y como con piel atercio-

pelada. El sol tiene entre el aire de la ciudad un polvillo dorado que estofa las casas, como la de los Guzmanes —los “Gutt Menchen”, godos romanizados—, que parece una casa florentina, y que es tan bonita que hasta le hace a uno olvidar que de ella y de otras como ella que hay en Ciudad Rodrigo y en Avila y en Salamanca ha nacido ese abominable estilo llamado “Renacimiento español” que aplasta con su fealdad tantas buenas intenciones mobiliarias.” Y más adelante agrega: “León no ha podido ser nunca una vieja ciudad. No se puede ser una vieja ciudad ni una vieja persona, ni se puede tener una vieja idea, ni se puede ser, en general, viejo en nada cuando se está en el centro de la pura y permanente juventud de la tierra renovada cada primavera con esa geológica tenacidad que constituye la causa de nuestro amor incomparable al paisaje de una patria, chica o grande. Y esto acontece en León vigorosamente a causa de un río con unos sotos que es imposible que no le inspiraran odas a los soldados del pío y feliz Constantino. Un centurión poeta no falta nunca.”

Los tres monumentos leoneses de rango nacional, acerca de los cuales no hay autor capacitado para lucubrar sobre ello que deje de proclamar, bastarían para conferir a la ciudad su gran y merecido renombre, son la Catedral, la Colegiata de San Isidoro y el Convento de San Marcos. Vamos a intentar su descripción.

En el paraje donde los romanos, fundadores de León como ya hemos dicho, tenían unas *termas* existió la primitiva iglesia visigótica leonesa, transformada en palacio, que Ordoño II cedió al Obispado para fundar otra nueva, iglesia donde aquel rey, al morir en el año 924, fué enterrado. El templo quedó arruinado por Almanzor en la famosa expe-

Detalle del arca de plata en que se conservan las reliquias de San Isidoro, en la Basilica de San Isidoro, de León (siglo XI).

